

Domingo 9 de Noviembre de 1919

RATERIAS

A pesar de ser una costumbre nacional, el robo, no ha llegado en Chile al perfeccionamiento ingenioso y paciente que era lógico esperar de la experiencia de varias generaciones.

Apenas podría citarse en contra de este acerto el robo de aves en los ferrocarriles, aprovechando como base algunas gallinas muertas.

El procedimiento es delicado y sencillo: Debido al atraso de los trenes, es corriente que en las jvas llenas de aves, fallezcan algunas de ellas. Pues bien, con dos gallinas difuntas basta para realizar el macabro negocio, especialmente si la partida de defunción de los volátiles data de algunos días a esa fecha.

El infeliz destinatario, no necesita haber leído a Shakespeare, para adoptar, en presencia de la java el gesto y la actitud de Hamlet al exclamar con tono trágico: -"Algo huele a podrido en Dinamarca!", allanándose en seguida, a indicación de los empleados, a dejar en la estación, los inanimados restos.

Obtenidas de ese modo las gallinas difuntas, pasan a ocupar en otra java el puesto de las vivas, y cuando el nuevo interesado se presenta a cobrar la encomienda, se le pide que no cargue inútilmente con las aves muertas... y se vuelve a repetir la operación.

De ese modo con dos gallinas muertas se puede recoger una docena de gallinas vivas.

El principio científico en que se funda este negocio, no es ciertamente nuevo. Recuerdo que hace muchos años, un compañero de preparatoria había descubierto la manera de tomar dos copas de helados y pagar una sola, utilizando, también, un recurso fúnebre. Jamás entraba a una pastelería sin haber cazado antes una mosca que llevaba oculta cuidadosamente en el bolsillo del chaleco.

-!Mozo! - decía con el tono de un capitalista- !Una copa de helados de frutilla!

Cuando el fondo de cristal comenzaba a transparentarse bajo los últimos restos del rosado manjar, mi compañero sacaba rápidamente la mosca del bolsillo, la arrojaba en la copa, y golpeaba el mármol de la mesa con profunda indignación.

-!Mozo! !Llévese estos helados! !Mire que inmundicia! agregaba señalándole la mosca.

- No importa, señor, le traigo otros.

Y mi inolvidable compañero, que a estas horas debe ser alcalde o por lo menos regidor, se bebía otra copa, sin incrementar el gasto.

Pero estos procedimientos ingeniosos de atentar contra los bienes ajenos son rarísimos en nuestra patria. Estamos aún en la época del cuento del tío que equivale a la edad de piedra, en la historia del hurto, y si Chile, en esta materia logra aún mantener el primer puesto, se debe, no a la calidad, sino al número de los robos.

Aquí no hay sitio seguro. En la casa, en la calle, en los tranvías, en los coches, en la Municipalidad, en los juzgados, y aún en la misma cárcel, no falta nunca una mano más o menos diestra que se alargue para coger una cartera, un reloj, un par de zapatos, un timbre eléctrico, una plancha profesional o un documento.

Ahora con el incremento de los automóviles se ha desarrollado una nueva especie de rateros que se dedica exclusivamente a ese ramo de carruajes.

No se puede dejar un automóvil en la vía pública, sin que al menor descuido del dueño o del chofer desaparezca alguna pieza más o menos importante del vehículo. Un día es la lamparilla situada atrás del coche; otro, los cojines; otro, uno de los faroles; otro,

el cupido, el mefistófeles, o el guardián que sirve de mascota. En fin, se calcula que en seis meses de circulación, no queda más que el chasis.

La audacia de los rateros suele dar origen a las más dolorosas situaciones.

Hace poco vino a esta imprenta un joven pálido, nervioso, demacrado, y entró atropelladamente a la oficina del cronista.

- Señor, esto es realmente intolerable! !Llevo un mes de verdadero martirio! Los rateros me están llevando el automóvil a pedazos!

Y sin dar tiempo a interrupciones, el joven relató su triste historia. Hace treinta y un días era capitalista, burgués, oligarca, como diría el señor Pinto Durán, gracias al alza de algunos valores mobiliarios, desgraciadamente le cogió "la mala" o más bien dicho la pésima del 6 de Octubre, y su fortuna quedó reducida a un automóvil; pero no le alcanzaba la renta para mantener chofer, ni quería tampoco, dar así, repentinamente el espectáculo de su ruina. Optó, pues por manejar el automóvil. !Nunca hubiera hecho tal cosa! Desde ese día empezaron sus penalidades. Los rateros lo perseguían. No podía bajarse un instante del carruaje, so pena de ver desaparecer alguno de sus artefactos. De ese modo pasó a ser él mismo, un accesorio, un apéndice del auto.

- Créame, señor - clamaba el desgraciado, - al paso que voy, en dos semanas me quedo sin carruaje. Ayer, en un descuido, me robaron los faroles; ahora me bajé un instante en la calle de Huérfanos y me sacaron la rueda de repuesto... De un momento a otro temo que me roben la capota... Escriban, por favor, señores, escriban en contra de estos infames...

- No tenga cuidado, señor, se hará un párrafo.

El reclamante salió precipitadamente. Al llegar a la puerta escuchamos un grito..

- !Bandidos! !Me han robado el automóvil!

Pontificia Universidad Católica de Chile